

El milenio del Sol



HOMERO ARIDJIS

En estos tiempos la relación del hombre con la naturaleza se ha modificado tanto que ya ha alcanzado el *dictum* egocentrista de René Descartes, propugnado por los dadaístas: “creer que no hubo otros hombres antes que yo”. Sobre todo si se observa el actual delirio de destrucción de la biodiversidad terrestre, con la cual se niega a los hombres futuros el derecho a heredarla y conocerla. A ese *dictum* egoísta prefiero la aseveración humilde, pero más poética, de Meister Eckhart: “Todas las criaturas hablan a Dios.” Y la percepción de Leibniz de que

Cada alma conoce el infinito, conoce todo, pero confusamente; como paseándome por la orilla del mar y escuchando el gran ruido que hace, oigo los ruidos particulares de cada ola, de los que el ruido total está compuesto, pero sin discernirlos... Dios sólo tiene un conocimiento distinto de todo: porque él es la fuente.¹

Ciertamente la observación del mundo natural, como fue expresada en el *Himno a la Tierra* homérico y en *Las Églogas* de Virgilio, en los trovadores, en Gonzalo de Berceo y en los libros de horas medievales, ha cambiado, de acuerdo con la situación lamentable a la que ha llegado el mundo natural en este fin del milenio. El paisaje que se plasma en la literatura contemporánea ya no es el de un ambiente de cuento de hadas o de una Arcadia legendaria, es el que nos ofrecen las posibilidades estéticas de la contaminación y las de la observación del deterioro global. El escenario

idílico de los tiempos primordiales, cantado por los poetas de Oriente y Occidente, y descrito por los autores de novelas pastorales, se quedó en la memoria de los hombres como el sueño de un paraíso abolido.

Si bien la pintura de paisaje, siguiendo su propia evolución, pasó de los grandes árboles de Paul Cézanne (quien en una carta de 1906 a su hijo Paul reconoció que él no poseía la riqueza magnífica de color que los animales tenían de la Naturaleza) a las arboledas geométricas de Piet Mondrian (quien en 1919 escribió que “el hombre cultivado de hoy se está alejando gradualmente de las cosas naturales y su vida se está volviendo más y más abstracta”),² habría que colocar entre ambos artistas a Vincent van Gogh, con sus cipreses contorsionados, y a Edvard Munch, el pintor que oyó el grito inmenso, infinito de la Naturaleza (1895). Ya a comienzos del siglo xx, Edvard Munch concibió una Naturaleza internalizada, porque para él la Naturaleza no sólo era lo que es visible al ojo, sino también ella mostraba las imágenes interiores del alma, las imágenes de la parte trasera del ojo. Por esto mismo, al rostro de su Madona (1895-1902) dio las características naturales:

Tu rostro refleja toda la belleza de la Tierra. Tus labios carmesíes como el fruto por venir se entreabren dolorosamente. La sonrisa de una muerta. He aquí la Vida tendiendo la mano a la Muerte. Se ha reanudado la cadena que anuda las mil generaciones desaparecidas a las mil generaciones por nacer.³

¹ G. W. Leibniz, *Les Principes de la Nature et de la Grace Fondés en Raison*, Press Universitaires, Francia, 1954, p. 55.

² Piet Mondrian, *De Stijl*, Amsterdam, 1, 1919.

³ Edvard Munch, “Carnet personnel”, en *Journal de l'Art Moderne*, 1884-1914, Skira, 1973, p. 144.

Los estoicos griegos creían que el hombre tenía un lugar en el universo y formaba parte de él. El universo para ellos era un universo vivo con un alma, una deidad materializada. La deidad era la "ley universal de la Naturaleza". El Logos individual era el Logos universal de la Naturaleza, indisolublemente ligados uno a otro. Y los elementos fueron originadores de vida, como lo dijeron Tales de Mileto ("La tierra flota sobre el agua, fuente de todas las cosas")⁴ y Homero, quien llamó al Océano padre de los dioses. Anaxímenes en cambio creyó que el aire era la sustancia originativa y la forma básica de la materia;⁵ mientras que Jenófanes y Heráclito pensaron, respectivamente, que tierra y agua eran los elementos básicos, y que el mundo era un fuego siempre vivo;⁶ Parménides afirmó que los elementos eran formas, pero fue Empédocles quien expresó la doctrina de los cuatro elementos, la cual tuvo gran influencia en la Edad Media. De manera que ahora uno de los trabajos hercúleos de la ecología es el de limpiar esos elementos para que sigan siendo originadores de vida. Por eso hacer ecología es hacer poesía. Por eso la ecología, como la poesía, debe ser hecha por todos.

En el siglo XII, Joaquín de Fiore dijo que "aguas vivas son las Escrituras espirituales no escritas por la tinta y el cálamo sobre el papel, pero grabadas sobre el libro del corazón humano por la virtud del Espíritu Santo";⁷ mas los ríos del mundo, y los ríos del espíritu, no son perennes, como lo deseaba Baltasar Gracián. Los ríos terrestres, como la luz y las piedras, también mueren.

En el umbral del tercer milenio las puertas de la muerte biológica se han abierto para nosotros, pues se ha roto la hermandad exaltada que propuso san Francisco de Asís (el Sexto Ángel del Apocalipsis) en *El cántico de las criaturas*. La vida natural se nos ha vuelto más abstracta y en algunos países hay gente urbana que ya no sabe de qué realmente color es el cielo ni de dónde vienen las plantas ni los animales silvestres. La contaminación de los elementos originadores de vida y el aniquilamiento de la riqueza biótica parecen no tener más límite que la capacidad de destruir del hombre, no tener más fin que llegar al punto extremo en que no exista ya riqueza biótica que destruir.

Ahora más que nunca es necesario que el hombre observe las pérdidas que ocurren en la Naturaleza como pro-

pias, como pérdidas de su alma; es imperativo que reflexione sobre la vida desnaturalizada que lo amenaza, pues su destino está orgánicamente, inextricablemente ligado, incorporado, al mundo natural.

En los umbrales de la noche milenaria, parafraseo a Anaxágoras y digo: Como los hombres de los primeros tiempos los hombres actuales vivimos para contemplar los soles, las lunas y las estrellas de esta Tierra, los cuales no son otra cosa que las obras maestras de la Naturaleza.⁸

La historia se muere de la cola. Las eras y los soles nacen y mueren. Así como el Río Copán se llevaba consigo un poco de la estructura de la llamada Acrópolis cada estación de lluvias, el tiempo arrastra y borra las culturas, y nos deja en su lugar olvido, puro olvido. Según la mitología mexicana, estamos viviendo en la era del Quinto Sol, 4-Ollin, Sol de Movimiento, Sol que camina hacia su muerte. Como en el pasado, como en las destrucciones anteriores, nuestra esperanza está puesta en el Sol próximo, el Sol de la Tierra. Sol que para nacer, como el ave de la resurrección de Heráclito, se revolcará en las cenizas de los soles muertos. Su nacimiento será precedido debidamente por una destrucción, quizás semejante a la anunciada por el místico flamenco Ruysbroeck: "El fuego elemental purificará los elementos, los renovará y los hará sutiles." A esta esperanza de una era nueva, tan nuestra como impropia, la reconforta y la disuade la permanencia impermanente del pasado. Y los pequeños actos rituales privados, como el mío, aquel día de mayo de 1995 cuando toqué en un museo de Dublín los círculos concéntricos de una piedra antigua, los anillos de la Piedra del Tiempo. El propósito de la mano vaga fue el de acariciar cuatro mil años de olvido. Puse fecha a aquel presente ilusorio, porque visto desde cualquier año del futuro, dará igual que ese hecho fortuito haya ocurrido en 1995, en 1900 o en 1321.

La muerte de Pan

Plutarco escribió sobre la muerte de Pan en su *De Oraculum Defectu* (*Porque han callado los oráculos*). Muerte que ocurrió supuestamente en el siglo I d. C. en el reino de Tiberio, cuando ya habían fallecido los dioses menores griegos. "El egipcio Thamus aparentemente oyó mal el lamento

⁴ G. S. Kirk, J. E. Raven y M. Schofield, *The Presocratic Philosophers*, Cambridge University Press, 1983, pp. 88, 144 y 197.

⁵ *Idem*.

⁶ *Idem*.

⁷ Joaquín de Fiore, *Expositio in Apocalypsim*, Paulis Press, Nueva York, 1979.

⁸ Homero Aridjis, "Los derechos de la naturaleza", en *La Jornada*, 28 de agosto de 1989.

ceremonial" Thamus Pan-Megas Tethnece ("El omnipotente Thamus ha muerto") por el mensaje: "¡Thamus, el Gran Pan ha muerto!"⁹ Leyendas cristianas dicen que su deceso tuvo lugar el día en que Cristo fue crucificado. Para mí, el dios de la Naturaleza ha tenido una larga muerte biológica y sigue muriendo cada día, cada hora, cada minuto en las esferas de la vida.

Según la religión maya, el cielo está sostenido por árboles de diferentes especies y colores (el rojo del Este, el blanco del Norte, el negro del Oeste, el amarillo del Sur) con el árbol verde, la ceiba, en el centro; si lo cortamos, el firmamento caerá sobre nosotros.

Novalis, en su *Leyenda del poeta*,¹⁰ evocó las épocas lejanas en que había poetas, que debieron ser al mismo tiempo adivinos y sacerdotes, legisladores y médicos, quienes con el sonido extraño de instrumentos maravillosos podían despertar la vida secreta de los bosques y reanimar en las tierras desiertas los gérmenes muertos de las plantas; yo conmino aquí a los seres humanos, para que juntos hagamos posible que el Orfeo mítico cante entre nosotros de nuevo en el próximo milenio.

El tercer milenio será el milenio del Sol, del Sol de la Tierra; el mí(s)tico Sexto Sol de los mexicanos, que se acostará en el Oriente y se levantará en el Poniente. En este Sol tendrá lugar la era de la eternidad finita y de la temporalidad eterna, la era de la energía solar y de la cultura solar. Considerado el Sol como luz inteligente o como productor de razón, según la visión filosófica de Platón de que "la luz procede tanto de una fuente exterior —el Sol— como de una fuente interior —el ojo— (Tin, 68A)".¹¹ En esta era de seres radiantes, de seres con luz en la cabeza, identificados con la realidad última, el Ser, nosotros los hombres podríamos vivir en heliopolis, ciudades solares.

¿Quién sabe?, en esta era a lo mejor podríamos presenciar el nacimiento del próximo Buda (radiante de luz), en cuya leyenda se ha establecido todo un simbolismo solar. De acuerdo con tradiciones del budismo chino, cinco luces brillan en el nacimiento de cada Buda —y una llama brota de su cadáver—.¹² Mircea Eliade anotó ya que "Asvagosha

comparaba el nacimiento del Buda a la salida triunfal del Sol, iluminando el mundo entero".¹³ De ese Sol, Tejedor Cósmico, que ata los mundos a sí mismo mediante un hilo,¹⁴ añadido yo, de luz.

Las tradiciones apocalípticas judeo-cristianas y las mexicanas, las eras de Joaquín de Fiore y del Quinto Sol, convergerán a este reino milenarista solar, donde el hombre asumirá la Biosofía, la sabiduría de la vida. En esa siega del fin del mundo, como dijo Jesús, "los justos resplandecerán como el sol en el reino de su padre".¹⁵ Podrían ser dos soles, el espiritual y el natural, corazón y centro de los dos mundos, el mundo del hombre interior y el mundo del hombre exterior, según Swedenborg.¹⁶ Porque como se dice en los himnos del Veda y del antiguo Egipto, y en los mitos del México prehispánico, este Sol del alba inicial será otra vez el dios del cielo y de la Tierra, el corazón animador de todas las divinidades y de todas las esferas de la vida, el alma de todas las criaturas y "la forma misteriosa de los bellos renacimientos";¹⁷ porque "Dios puede colocar su potencia en un millón de formas"¹⁸ y sus rayos penetrar en el interior de la Muy Verde.¹⁹ O como se afirma en ese diálogo a través de la luz, entre Dios y su criatura: "El ojo con el cual Dios me ve es también el ojo con el cual yo lo veo, mi ojo y su ojo no hacen más que uno; si Dios no estuviera, yo no sería, si yo no estuviera, él no sería" (Meister Eckhart).²⁰ Y si en el Veda se dice que la creación mítica del mundo se debe al ojo de un Vidente, entonces, ¿este Sol será el Ojo Pensante? Pues si el ojo no fuera solar, ¿cómo podría ver la luz, cómo podrá ser la luz?

En el próximo milenio podría tener lugar el Apocalipsis, tal vez no el Apocalipsis anunciado por Daniel y Juan, y por otros milenaristas posteriores, sino aquel que devolverá el paraíso y los elementos a su estado original, como anunció Jan Ruysbroeck; el Apocalipsis que devolverá a las esferas de la vida su condición primaria. El Apocalipsis, obra del hombre y no de Dios. ♦

¹³ *Idem.*

¹⁴ *Ibid.*, pp. 249 y 250.

¹⁵ Mateo 13, 37-43, citado por San Agustín en *La ciudad de Dios*, XX, 5, 3, p. 532.

¹⁶ Emmanuel Swedenborg, "Arcania Caelestia 6057", en *Essential Readings*, Crucible, Inglaterra, 1988, p. 61.

¹⁷ *Textes sacrés et textes profanes de l'ancienne Egypte*, Gallimard, París, 1987, p. 131.

¹⁸ El escriba Any, en su *Sabiduría*, escribió hacia 1650 a. C.: "Dios puede colocar su potencia en un millón de formas", pp. 126 y 127.

¹⁹ *Idem.*

²⁰ Meister Eckhart (XV, 228), citado por Kostas Papaionnou, en *Hegel*, Editions Seghers, París, 1962, p. 56.

⁹ Robert Graves, *The Greek Myths: I*, Penguin Books, 1962, p. 103.

¹⁰ Novalis, *La leyenda del Poeta*, Editions Pierre Seghers, 1962, pp. 188-190.

¹¹ José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, 1979, p. 2054.

¹² Mircea Eliade, *Mephistopheles et l'androgynie*, Gallimard, 1962, p. 46.